

Terrorismo de Estado y terrorismo internacional

Los acontecimientos ocurridos en Nueva York, Washington, Pennsylvania y Afganistán, han alcanzado niveles impactantes y dramáticos en distintos aspectos de la vida social y política internacional, para no mencionar la tragedia personal de millares de vidas humanas implicadas. La relación causal entre «terrorismo de Estado» y «terrorismo internacional» ha alcanzado una mayor visibilidad y precisa ser analizada para calibrar la verdadera naturaleza de los hechos.

John Saxe-Fernández

Está plenamente establecida la relación causal entre terrorismo de Estado y terrorismo internacional. Desde 1997 el Defense Science Board de Estados Unidos informó a la Subsecretaría de Defensa para Adquisiciones y Tecnología que «... la información histórica muestra la existencia de una fuerte correlación entre la intervención de EEUU en ultramar y el aumento de ataques terroristas en su contra». El documento continúa advirtiendo que, «... además, la asimetría militar que le niega a otros Estados la capacidad de realizar ataques abiertos contra EEUU, les induce a usar actores transnacionales, es decir, terroristas de un país atacando a otro»¹. El reconocimiento de que la práctica del terrorismo estatal como parte de los instrumentos de política exterior puede ocasionar un estado generalizado de anarquía y guerra, fue reconocido en el Acta de Seguridad de 1947, por medio de la cual se refundaron los servicios secretos de EEUU, para labores de inteligencia y la práctica de cuestionables operaciones

John Saxe-Fernández: coordinador del seminario El Mundo Actual, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias, UNAM; coautor, con James Petras, de *Globalización, imperialismo y clase social*, Lumen / Hvmánitas, Buenos Aires-México, 2001.

Nota: Una versión preliminar de este texto fue presentada el 14 de septiembre de 2001 en Casa Lahm, Ciudad de México.

Palabras clave: terrorismo, terrorismo de Estado, Estados Unidos.

que, por su naturaleza, son clandestinas y deben mantenerse secretas porque violan el derecho internacional, penal, comercial y constitucional, así como la normatividad de los juicios de Nuremberg. En esa Acta, se estableció que aquellos operativos de terror de Estado, que incluyeran el asesinato político, los atentados, la desestabilización y la inducción de golpes de Estado, entre otras actividades, debían realizarse de manera «clandestina» y con una capacidad «de negación plausible», los que conllevaba el sigilo respecto a la participación del gobierno de EEUU en su planeación, financiamiento y ejecución. Durante 50 años este tipo de diplomacia de fuerza, basada en operaciones secretas, para justificar posteriormente acciones militares o políticas abiertas, se aplicó de manera marcada en América Latina, aunque también en Asia y en el Medio Oriente.

El sentimiento de pérdida, de rabia y de duelo en relación con un acontecimiento colectivo de masacre que sentimos el 11 de septiembre de 2001 lo habían experimentado 28 años antes, el mismo día pero de 1973, cuando comenzó en Chile una espantosa operación de terrorismo de Estado que derrocó a un presidente constitucional, generando un baño de sangre que acabaría con la vida de miles de hombres y mujeres y sometería a crueles torturas a muchos otros, infligiendo daños morales, físicos y emocionales a miles de familias y marcando a toda una generación. Esta no fue solamente una operación endógena. Según documentación existente, fue iniciada e impulsada por el presidente Richard Nixon, con Henry Kissinger como principal coordinador –desde las oficinas de la asesoría de Seguridad Nacional de la Casa Blanca– de las operaciones secretas de guerra económica, política y militar con incidencia en la polarización interna. Conviene recordar ahora este caso latinoamericano, uno entre muchos, porque ahí están otros operativos como la participación de EEUU en la instauración de una brutal dictadura en Brasil desde 1964, en los años 70 en Argentina y Uruguay y en los 80 el establecimiento de regímenes de terror de Estado en Centroamérica, protagonistas de horrendas masacres en Guatemala, Honduras y El Salvador, con especial saña, infamia e ignominia contra la población maya.

El recordatorio histórico es necesario para ejemplificar el concepto de terrorismo de Estado, fundamental para lanzar vistas más certeras sobre los procesos causales que pueden estar en la base de la tragedia que se viene registrando

1. Ivan Eland: «Protecting the Homeland: The Best Defense Is to Give No Offense» en *Policy Analysis* N° 306, 5/5/1998, Cato Institute, p. 3 (cit. por Chalmers Johnson: *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Metropolitan Books, Nueva York, 2000, p. 9.

El ciudadano promedio de EEUU conocía poco de este tipo de operaciones y atrocidades cometidas por su Gobierno

desde septiembre último. Se trata de la relación entre el terrorismo de Estado y la promoción de las condiciones objetivas que inducen el terrorismo internacional.

En el caso del operativo desplegado por el gobierno de EEUU en Chile, conviene retomar las evidencias documentales ofrecidas por Peter Kornbluth y el archivo de Seguridad Nacional, así como la síntesis ofrecida por el periodista John Lee Anderson: «el plan de juego, de acuerdo con documentos gubernamentales de EEUU desclasificados, se dirigió a crear la ingobernabilidad en un Chile gobernado por un presidente socialista electo, Salvador Allende, provocando el caos social con el fin de inducir un golpe de Estado». Un cable de la CIA claramente sintetizó los objetivos al jefe de su estación en Santiago, en estos términos:

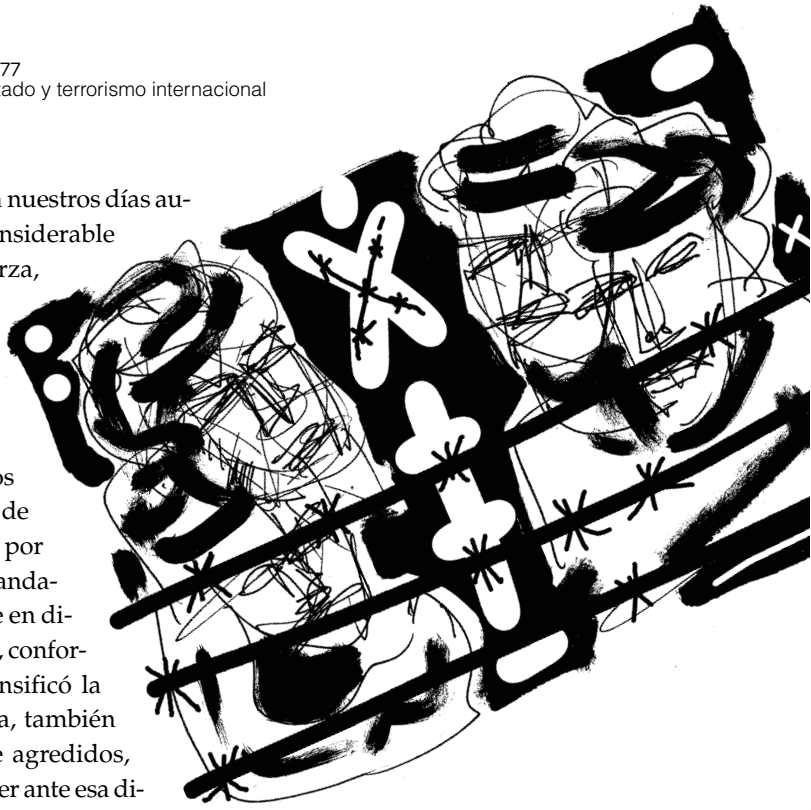
... es nuestra firme y persistente intención que Allende sea derrocado por medio de un golpe ... vamos a continuar generando la presión máxima hacia la consecución de este fin, usando todos los medios disponibles. *Es imperativo que estas acciones sean aplicadas de manera clandestina y segura de tal suerte que la mano del gobierno de EEUU permanezca bien oculta...*²

El ciudadano promedio de EEUU conocía poco de este tipo de operaciones y atrocidades cometidas por su Gobierno. No voy a describir ni enumerar las matanzas, desaparecidos, torturados y perseguidos, o su coordinación internacional por medio de la Operación Cóndor. Stella Calloni ya lo hizo de manera puntual³. Solo quiero recordar al lector que este tipo de diplomacia de fuerza se proyectó con igual saña y barbarie en Asia y de manera particularmente intensa en el Medio Oriente. Los operativos clandestinos y el terrorismo de Estado se registran virtualmente a lo largo y ancho del orbe. Por ejemplo, como resultado de la intensificación bélica que siguió a los incidentes del Golfo de Tonkin en 1964, cientos de miles de personas resultaron muertas durante el gobierno de Johnson y de Nixon. Nixon y Kissinger arrojaron más bombas sobre la población rural de Camboya que el total lanzado sobre Japón durante toda la Segunda Guerra Mundial, muriendo al menos tres cuartos de millón de campesinos camboyanos y ayudando a legitimar el movimiento del Khmer Rojo de Pol Pot, cuya revancha y búsqueda de pureza ideológica significó la muerte de millón y medio de camboyanos, tanto rurales como urbanos.

2. Jon Lee Anderson: «The Dictator» en *The New Yorker*, 19/10/1998; Peter Kornbluth: «Chile and the United States: Declassified Documents Relating to the Military Coup» en *National Security Archive Electronic Briefing Book*, N° 8, <www.seas.gwu.edu/nsarchive>, énfasis mío.

3. Stella Calloni: *Operación Cóndor: pacto criminal*, La Jornada Ediciones, México, 2001.

Desde entonces hasta nuestros días aumentó de manera considerable la diplomacia de fuerza, expresada en violencia abierta de corte intervencionista (téngase en la memoria el bombardeo contra los barrios populares de Ciudad de Panamá, perpetrado por el padre del actual mandatario estadounidense en diciembre de 1989). Así, conforme se amplió e intensificó la diplomacia de fuerza, también aumentó la masa de agredidos, dispuestos a responder ante esa diplomacia, observándose la incapacidad estadounidense para controlar los efectos inesperados: las respuestas de corto, mediano o largo plazo de las víctimas, que en la jerga de la Seguridad Nacional de EEUU se conoce como «blowback» (una suerte de efecto *boomerang*)⁴. Según Chalmers Johnson, el término «blowback» fue



estadounidense para controlar los efectos inesperados: las respuestas de corto, mediano o largo plazo de las víctimas, que en la jerga de la Seguridad Nacional de EEUU se conoce como «blowback» (una suerte de efecto *boomerang*)⁴. Según Chalmers Johnson, el término «blowback» fue

... inventado por funcionarios de la Agencia Central de Inteligencia, para uso interno, y empezó a circular entre los estudiosos de relaciones internacionales. Se refiere a las consecuencias no esperadas de operaciones que fueron mantenidas en secreto y sin que los estadounidenses se enteraran. Lo que la prensa diariamente califica como actos malignos, de «terrorismo» o «capos de la droga» o «rogue states», o «mercaderes ilegales de armas» a menudo resultan ser el «blowback» de operaciones estadounidenses realizadas anteriormente (p. 8).

Los ejemplos más notables de «blowback» ofrecidos por Johnson provienen de los operativos desplegados por Washington en el Medio Oriente, como el ataque terrorista de 1988 contra el vuelo 103 de Pan Am, que mató a 256 pasajeros y a 11 personas en tierra. Una respuesta, según Johnson, del ataque aéreo de Reagan en 1986 contra Libia que mató a la nuera de Kadafi. El «blowback» tiende a generar más «blowback» en una espiral de violencia. Una buena ilustración de esta característica la ofrece precisamente la reacción del gobierno de EEUU a los ataques del 7 de agosto de 1998 contra varios edificios de las embajadas en Nairobi y Dar es Salaam:

4. Precisamente el título del esclarecedor libro de Johnson, ob. cit.

.. El Gobierno pronto culpó a Osama Bin Laden, un saudita que por años había denunciado a los gobernantes de su país y a sus aliados estadounidenses. El 20 de agosto, EEUU respondió lanzando cerca de 80 cohetes crucero (con un costo de 750.000 dólares cada uno) contra una planta farmacéutica en Kartún (Sudán) y contra un viejo campamento mujaidín en Afganistán. ... Ambos blancos habían sido identificados por el aparato de inteligencia de EEUU como áreas vinculadas con Osama Bin Laden o sus seguidores. Pronto se dio a conocer que la información sobre ambos sitios era errónea y que ninguno de los blancos tenía relación alguna con aquellos que se sospechaba habían atacado las embajadas ... los voceros gubernamentales continúan justificando estos ataques como formas para disuadir el terrorismo aun si los blancos han sido comprobadamente irrelevantes a cualquier daño ocasionado a edificios estadounidenses ... de esta manera, se siembran en el mundo las posibilidades para más «blowback» en el futuro. ... Los mismos voceros ignoran que de hecho Bin Laden, el supuesto responsable de la maquinación de los ataques contra las embajadas, es un *ex-protegé* de EEUU. Cuando EEUU organizaba a los rebeldes afganos contra la URSS en los años 80, él jugó un importante papel en sacar a la Unión Soviética de Afganistán y solo se volvió antiestadounidense en 1991 porque consideró que la presencia de tropas de EEUU en Arabia Saudita durante la Guerra del Golfo era una violación de sus creencias religiosas (ibíd., pp. 10-11).

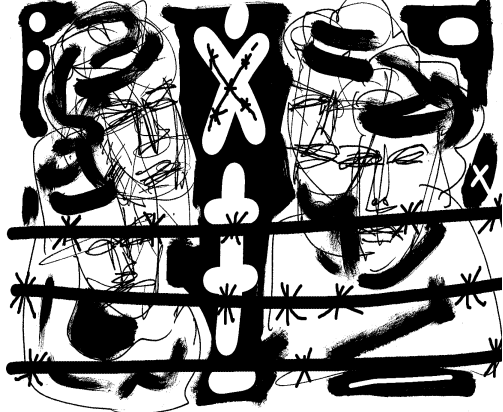
Los ejemplos más notables de «blowback» provienen de los operativos desplegados por Washington en el Medio Oriente

Por ello, Osama Bin Laden fue vetado por Washington para acceder al puesto de ministro de Petróleo de Arabia Saudita.

El análisis sobre los efectos y peligros de la diplomacia de fuerza, con sus políticas de infiltración, penetración, desgaste y desgarré de estructuras internas de legitimidad aplicados por la CIA, desde las embajadas estadounidenses en el mundo, me hizo advertir en 1977⁵ que el uso de este tipo de diplomacia de fuerza, podía repercutir dentro de EEUU, con crecientes riesgos de que «desembocara en una tragedia humana generalizada, pero en una proporción inmensamente mayor en los propios EEUU». En ese libro señalaba que una diplomacia de corte hitleriano, como la que se había observado en Chile y posteriormente en Argentina y Uruguay, «significa el inicio de una era hobbesiana», y dejé constancia de mi opinión en el sentido de que antes de seguir aplicando la guerra política y urbana en el exterior,

El Ejecutivo norteamericano haría bien en advertir que su agresividad internacional transforma a su propio sistema político en blanco de ataque inmediato por parte de actores internos o externos, que han sido atacados y/o provocados; después de todo, se trata de una guerra barata (que no excluye el sabotaje urbano químico-bacteriológico) capaz de ser desarrollada eficientemente por cualquier nación. ... Como lo ha reconocido Brian Jenkins, experto del Laboratorio de Ideas de la Rand Corporation, «los gobiernos podrían emplazar a grupos terroristas o preparar grupos propios, ya que la perspectiva es una forma barata de guerra limitada». [El texto de 1977 continúa:] ... Ello significaría que el sistema político norteamericano tendría que explicitar todos los elementos de un Estado-guarnición que ya contiene, tanto en el nivel legal como operativo; pero ni un Estado policiaco-militar sin precedentes en la historia norteamericana sería capaz de garantizar el funcionamiento de sus grandes –y vulnerables– centros metropolitanos. La complejidad de la sociedad norteamericana y la notable

5. Consultar J. Saxe-Fernández: *De la seguridad nacional*, Grijalbo, México, 1977, pp. 37-39.



interdependencia de todo el sistema colocan a EEUU ante alternativas poco dichosas para el ejercicio de la guerra política y urbana en el exterior.

Mi crítica a la diplomacia de fuerza se basó en varios estudios realizados por especialistas estadounidenses indicando las vulnerabilidades estructurales de EEUU. En ellos se mencionaba la explotación de esas vulnerabilidades por movimientos revolucionarios. Hoy se aplicaría al terrorismo o a las respuestas probables de la gran acumulación de grupos y Estados agredidos por la diplomacia de fuerza. En una de esas investigaciones, realizada por Horowitz, se describe la vulnerabilidad estructural como resultado de la accesibilidad a un número inmenso de blancos indefensos y estratégicamente importantes, mencionándose la «complejidad de la estructura social, política y económica» como fuente de una amplia gama de blancos vulnerables: sistema de transporte y comunicación, fuentes de energía y centros de diversión. Horowitz advertía que

La interdependencia del sistema hace posible crear un daño significativo por medio de la destrucción de blancos relativamente insignificantes. Por ejemplo, la falla que produjo un apagón en los sistemas eléctricos de toda la costa del Este en 1968, fue causado por un pequeño error del componente eléctrico. Si una subunidad de un sistema complejo e interdependiente puede ser destruida, todo el sistema resulta afectado. Una disminución en las actividades de una parte del sistema de producción en masa puede crear embotellamientos en todo el sistema de producción. La complejidad misma de EEUU hace imposible defender todos los blancos posibles de ataque ... la lista no conoce límites. No hay ausencia de blancos. Para defenderlos se requeriría un Estado-guarnición: aún así permanecerían muchos puntos vulnerables.⁶

En medio de esta fragilidad y vulnerabilidad estructural, nos parecía entonces, y con mucha más razón nos parece hoy, después de la tragedia del 11 de septiembre y de la espiral de violencia que se ha desatado, que es imperativo detener inmediatamente el brutal ataque contra Afganistán. Es irracional e irresponsable proseguir con una diplomacia que usa el terror de Estado de manera frecuente, generando miles o millones de víctimas y por lo tanto cosechando enemigos por doquier⁷. Más aún, en la era del armamento balístico intercontinental y de los dispositivos termonucleares y bioquímicos de destrucción masiva, la «globalización del *blowback*», se presenta como una de las más serias amenazas a la seguridad y estabilidad y sobrevivencia de la humanidad.

6. Irving L. Horowitz: *Foundations of Political Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1972, p. 299.

7. Sobre las formas de cosechar enemigos por doquier, consultar John Stockwell: *In Search of Enemies: a CIA Story*, W.W. Norton, Nueva York, 1978.